

Avance del agronegocio y el capital financiero sobre el sector agropecuario argentino y sus implicancias sobre el desarrollo de los territorios rurales.
Un estudio de caso.

Mariano Ernesto Iscaro y Christophe Albaladejo¹

Introducción

Este trabajo es un avance de tesis de Doctorado FaHCE UNLP. La misma se encuentra en etapa avanzada, y lleva el título de Territorios del agronegocio: La redefinición de la dimensión económica – profesional de la actividad agropecuaria en los pueblos rurales pampeanos a partir del avance del modelo producción de los agronegocios (1990 – 2014).

La metodología utilizada es el estudio de caso a partir del análisis cualitativo de entrevistas semi estructuradas realizadas en el periodo 2011 - 2014. El conjunto de entrevistas realizadas a actores e instituciones ligadas al sector agropecuario, y miembros de la sociedad local del pueblo rural de Nicanor Olivera (Partido de Necochea – Bs As) sirven como insumos. Asimismo se utilizaron para la caracterización del área de estudio y sus transformaciones reciente una variedad de fuentes cuantitativas provenientes de censos, informes técnicos y artículos de investigación.

A partir de la década del 90` en la región Pampeana se da un fuerte impulso tecnológico en la actividad agropecuaria (semillas mejoradas, maquinarias de mayor porte, agroquímicos, siembra directa, etc.). Este proceso es acompañado por cambios organizacionales cuyas principales características son la flexibilidad y su vinculación con el sector financiero. Los actores que traccionan estas innovaciones se encuentran identificados con el llamado “modelo de agronegocios” (Giarracca y Teubal, 2006; Gras y Hernández, 2009), y son quienes propician la llegada de capitales extra – agrario al sector mediante variados mecanismos y formas jurídicas. La escala que adquirieron los nuevos actores en el espacio rural pampeano (comúnmente englobados en la figura de

¹ Los autores son miembros del Laboratorio Agriterris. Este trabajo se benefició de una ayuda de la Agence Nationale de la Recherche francesa en el marco del programa SYSTERRA, referencia ANR-09-STRA-04. Contactos: marianoiscaro@hotmail.com, christophealbaladejo@gmail.com

“pooles”), impulsó transformaciones en los territorios, que se incorporaron bajo una nueva forma de relacionamiento productivo.

Paralelamente a este proceso, desde el ámbito académico emergen análisis de una serie de problemáticas que muchos autores identifican como una “crisis del mundo rural tradicional”. Esto incluye el despoblamiento de espacios rurales y la desaparición de las formas de vida asociadas.

La disminución de la población rural (tendencia a escala global y nacional), opera de manera dispar en los poblados rurales presentes en la zona de estudio (sudeste bonaerense). El dinamismo del sector agrario no coincide necesariamente con el desarrollo de los territorios donde se inserta la actividad. El aumento de la producción agropecuaria en la zona, abre lugar al cuestionamiento sobre qué tipo de relación se establece entre los actores del agronegocio y las posibilidades de desarrollo de los pueblos rurales.

Dada la importancia económica de la producción agropecuaria en estos pueblos, resulta necesario incursionar en el plano de las transformaciones económico-profesionales de las nuevas formas de producción agrícola y su incidencia sobre el mundo del trabajo, la estructura del empleo y las modificaciones en las identidades de los actores.

Para este trabajo se plantea movilizar los conceptos de territorio y ruralidad para observar el accionar de los actores que cohabitan el espacio social de los pueblos. Se busca identificar cuáles son los cambios impulsados y como inciden en la dinámica económico – profesional² de los pueblos. Dado que las territorialidades de los nuevos actores van expandiéndose sobre aquellas arraigadas en el espacio social local, se instalan tensiones y disputas en múltiples dimensiones (políticas, de saberes, de paradigmas tecnológicos, de formas de relacionamiento con el espacio local, de

² Por una cuestión metodológica se decide hacer foco sobre alguna de las dimensiones en las que se desenvuelve la actividad humana sin desconocer la inescindible relación con una realidad integral. Para ello parece interesante situarnos en los aportes de Albaladejo (2006) acerca de las tres esferas en donde la actividad agropecuaria cobra sentidos particulares. Este autor, reinterpreta nociones de Hannah Arendt (2004), que diferencia tres esferas de la acción humana (pública, privada y económica – profesional o del trabajo). La esfera económica – profesional o del trabajo, en el mundo moderno se desprende cada vez más de la esfera privada y pasa a lo público, y es caracterizada como, “el mundo de las relaciones laborales formales, de los roles definidos en función de la actividad productiva, de la especialización de funciones según un proceso de elaboración de bienes materiales perecibles” (Albaladejo, Op. cit.). Para esta investigación haremos foco principalmente sobre la última de estas esferas, dado que en estos poblados las transformaciones productivas y profesionales del sector agropecuario, han generado una crisis en el “mundo del trabajo” que impactan no solo sobre las condiciones materiales de producción, sino también en la construcción y redefinición de identidades.

concepciones sobre la distribución de recursos, etc.), que generan cambios en el territorio.

El agronegocio: debates, posicionamientos e inserciones locales

A partir de los años 90` en la región núcleo pampeana y en otras regiones de forma tardía (post – convertibilidad), se da un fuerte impulso a la innovación tecnológica y a los cambios organizacionales de la producción agropecuaria. A esto debe sumarse la llegada de capitales extra – agrarios al sector mediante variados mecanismos y formas jurídicas. La suma de estas transformaciones dio lugar al surgimiento y consolidación de actores identificados con el llamado “modelo de agronegocios” (Giarracca & Teubal, 2005; Teubal, 2008; Gras y Hernández, 2009). Esta nueva racionalidad productiva impulsa un modelo de agricultura de tipo empresarial y la reestructuración de antiguos productores familiares. Permite asimismo, la aparición y/o reconversión de actores, (ligados a variados mecanismos de valorización financiera del capital³) a partir de nuevas figuras legales y de gestión (Fondos de Inversión Agrícola, Fideicomisos Agropecuarios, grandes pooles de siembra, entre otros).

El modelo de agronegocios consolida una forma novedosa de ruralidad globalizada que le da sustento ideológico a las transformaciones recientes (Hernández, 2009). Este modelo es la evolución organizacional del paradigma de la “Revolución Verde”. El concepto surge en el ámbito académico y es acuñado desde el enfoque neoclásico por Davis y Goldberg (1957), quienes aportan un marco teórico que “impulsa la necesaria integración vertical y horizontal de la agricultura y la industria”.

Sin embargo, y más allá de su enunciación académica, fueron las condiciones objetivas de la globalización neoliberal las que permitieron su implementación. En Argentina aparece como la continuidad del proceso de modernización del agro iniciado en los 70 con el impulso a la innovación tecnológica y organizacional (en semillas, maquinarias,

³ Esta llegada masiva de capital financiero al sector agropecuario tiene por lo menos dos aristas que deben ser consideradas; la primera se relaciona con la imposibilidad del capital financiero de ser absorbido en otros sectores de la economía que garanticen iguales o mayores tasa de ganancia del capital; y en segundo lugar, el largo proceso de modernización agrícola y aggiornamiento de las formas de tenencia de la tierra, que permiten al capital saltar la propiedad de la tierra como condición necesaria para su puesta en producción, sin el riesgo que supone la inmovilización de capital en la compra de tierra. La primera mención se relaciona con el proceso iniciado en los 70`, con el cambio de modelo de acumulación en la economía nacional y el predominio de la “valorización financiera” (Basualdo, 2006). En el periodo reciente la aparición de nuevas formas de gestión de la producción permiten al sector captar recursos financieros. El resultado es la aparición de una variada gama de nuevos actores que sin participar necesariamente de la producción objetiva, conforman una “nueva ruralidad” en un sentido amplio (Tadeo, 2002; Sili, 2005 y 2010).

agroquímicos, modalidades de gestión, avance del contratismo, etc.). En tal sentido, el surgimiento del llamado modelo de agronegocios “es posible pensarlo como el marco ideológico que construye sentido y legitima (social y políticamente) el nuevo modo de relacionamiento agroproductivo argentino, cuyo horizonte se ha globalizado definitivamente” (Hernández, 2009:43).

Sus impulsores han sido actores fuertemente relacionados grupos económicos concentrados del ámbito local y capitales transnacionales ligados al agro (proveedores de semilla e insumos principalmente), quienes lo han difundido a través de una serie de interlocutores locales (periodismo sectorial, organizaciones agrarias, instituciones del Estado, etc.). Este conglomerado productivo-financiero-informacional intenta dar cuenta del cómo han de entenderse las prácticas económico - productivas en el presente, proyectando hacia el futuro (Ordóñez, 2000; Huergo, 2004; documentos de AAPRESID, ACSOJA, MAIZAR, ASAGIR, ACREA, etc.).

El nuevo modelo agropecuario profundiza la expansión de la agroindustria orientada a la exportación, manejada por un reducido número de empresas nacionales y transnacionales, que se articulan desde la venta de semillas, pesticidas, maquinaria de siembra directa, hasta la comercialización.

Dada la escala que adquirieron los nuevos actores en el espacio pampeano, y merced a su capacidad de transferir cantidades considerables de capital al sector agropecuario, se incorporan territorios de manera creciente bajo una nueva forma de relacionamiento productivo que impulsa formas de organización de la producción, con mayor tecnología y capacidad de gestión, más flexibles y eficientes, vinculado a la obtención de escala⁴.

⁴ Identificados en la década del 90' con los llamados pool de siembra, estas modalidades empresarias de diversa escala reúnen capital proveniente de inversionistas a los que se les garantizan una determinada renta anual fija o variable, (Sili, 2000; Posada y Martínez Ibarreta, 1998). Estos grupos de inversores no propietarios, se organizan mayormente en torno a la figura de fideicomisos de administración (financiero o no financiero) que por sus ventajas impositivas y alta seguridad jurídica permiten arriendan tierras para que un tercero las administre. Otra modalidad es la del Fondo de Inversión Agrícola que moviliza capitales del sector financiero, llegando muchas veces a cotizar en bolsa de valores locales e internacionales. Estas empresas obtienen ventajas como; el poder de negociación para la compra de insumos, comercialización y aplicación de tecnología; la diversificación del riesgo por la dispersión de explotaciones y productos. De esta manera disminuyen los riesgos, posibilitando rentabilidades mayores y estabilidad de la inversión. La demanda de tierras que provocan aumenta los valores de arrendamiento, perjudicando a los productores arrendatarios. Esta modalidad productiva genera procesos complementarios de concentración de la producción (no necesariamente de la propiedad de la tierra), tendencia hacia la tercerización de servicios y la generalización de la figura del contratista rural (Hernández, 2007). La estrategia de los fideicomisos y pools de siembra no incluye como elemento central la compra de tierra, a fin de evitar la inmovilización de capital circulante, destinado a la producción (Barsky y Gelman, 2009). Dentro del nuevo modo de producción existen matices en cuanto a tamaños, formas jurídicas y grados de capitalización.

Una línea actual de estudios rurales señala que estas transformaciones en los procesos productivos pueden caracterizarse como un proceso de “modernización excluyente”, en tanto no se constata un derrame en el conjunto social de la riqueza derivada de la producción agraria. Por el contrario, el desarrollo de nuevas formas de organización de la producción y la aparición de nuevos actores impulsa la salida de una parte significativa del excedente generado en los territorios y desplaza a los productores de menor escala. La riqueza generada se desvía a la remisión de las utilidades y a flujos financieros fuera de la región que los dio origen. Este mecanismo pareciera reducir las posibilidades locales de absorber los ingresos generados por la actividad agraria, debilitando las interacciones del medio rural con las economías locales más cercanas. Los actores del agronegocio (nuevos y/o reconvertidos) imponen formas particulares de territorializarse, que no resultan complementarias de las territorialidades preexistentes en el espacio local de los pueblos.

En el extremo opuesto de estas interpretaciones, otros conjunto de autores⁵ esbozan argumentaciones sosteniendo que el agronegocio genera un “efecto potenciador de los territorios”. Bajo esta perspectiva, la bonanza exhibida por el sector agropecuario es transferida directamente al bienestar del conjunto de los actores ligados al sector rural, y en posiciones extremas, al propio sostenimiento de la economía del país. Se presenta la modalidad de agronegocios como esencialmente positiva para el sector agropecuario y se hacen hincapié en los beneficios derivados de la llegada de capitales extra-agrarios. Se presenta como un modelo accesible a todas las escalas de productores y en la cual se propician las alianzas productivas flexibles. Esta posición se encuentra apoyada y difundida por gran parte de la prensa escrita masiva y sectorial.

En paralelo a este debate aparecen procesos relacionados a la reconfiguración de la estructura social agraria. Una serie de problemáticas que muchos autores identifican como una “crisis del mundo rural tradicional” (Sili, 2000 y 2010; Giarracca y Teubal, 2005; Balsa, 2006; Gras y Hernández, 2009). Esta crisis incluye fenómenos diversos como; el despoblamiento de áreas rurales (Benítez, 2000, Ratier, 2004; Sili, 2005; Stratta Fernández y Ríos Carmenado, 2010), la desaparición o reconfiguración de las formas de vida rural (Cloquell, S. y Ameghino, A., 2005), el surgimiento de nuevas ruralidades (Sili, 2005).

⁵ En estos trabajos se desarrolla el marco legal y las formas organizacionales bajo el cual se encuadran las alternativas en la gestión de los inversiones (Mackeprang, 2002; Bisang y Kosacoff, 2006; Elespe, García Lema y Jáuregui, 2006; Bisang y otros, 2008 y 2009; Maiztegui Martínez, 2009 y 2011).

Particularmente en la región pampeana, uno de los procesos más salientes de esta crisis viene dado por la desestructuración (y en casos extremos desaparición) de algunas de las poblaciones de menor tamaño. Esto se evidencia en los datos censales de las últimas 4 décadas, y es reflejados por estudios académicos y por la prensa masiva. Aparece como problema el “despoblamiento y desaparición de pueblos”, que es objeto de algunas iniciativas de políticas estatales (Plan Volver, 2003) y de ONGs (Fundación Responde, 2005), en todos los casos de poca envergadura, presupuesto y continuidad. Ahora bien, en los estudios que abordan la crisis de estos territorios rurales suele aparecer escindida su relación con los cambios organizacionales del modelo agroproductivo del cual dependen. Así, en general, el análisis de las problemáticas de los pueblos se asocia a una dificultad demográfica de sostener población, que aparece separada de los cambios producidos en el sector agropecuario.

Territorio, nuevo modelo agroproductivo y ruralidades.

Este trabajo intenta tomar los aportes de las investigaciones precedentes sobre el tema y analizar la relación entre el avance del modelo de producción de agronegocios con la crisis en que se encuentra un pueblo rural del sudeste bonaerense. Para ello, retomamos los conceptos de territorio y ruralidad.

Entendemos al territorio como la expresión de las relaciones de poder y sentido que le asignan a un espacio socialmente construido los diferentes actores. Es “el resultado de una estrategia para afectar, influir y controlar sobre las cosas o personas espacializadas” (Sack, 1986). El territorio aparece como único, pero es construido por múltiples territorialidades, que movidas por racionalidades diferentes, poseen una lógica, que expresa la distribución asimétrica del poder dentro de una estructura social desequilibrada. Este desequilibrio viene dado por las desiguales composiciones de capital global que poseen los actores (en términos de Bourdieu). Cada una de estas especies de capitales se relaciona con las dotaciones de conocimientos, de relaciones sociales y condiciones materiales de existencia que poseen los actores en diversos grados, en correspondencia con su posición en una estructura social determinada. La territorialización de los actores “es un proceso de dominio (político-económico) y/o de apropiación (simbólico-cultural) del espacio por los grupos humanos” (Haesbaert, 2007). Son el conjunto de prácticas mediante las cuales un actor fija en el espacio un conjunto de relaciones sociales que lo favorecen. Por tanto, para comprender como se

construye un territorio, lo que interesa saber es cuales son los dispositivos mediante los cuales los actores afianzan su poder y se legitiman.

A su vez, las lógicas que impulsan las territorialidades “remiten al sistema de acciones, a los contextos, normas, regulaciones y representaciones en los que se concretan las intencionalidades de los actores” (Blanco, 2009), marcadas fuertemente por una ideología. Estas lógicas territoriales, en algunos casos pueden resultar complementarias entre diferentes actores o grupo de actores, y en tal caso, se retroalimentan generando una dependencia endógena entre quienes comparten un territorio. Esta situación no excluye la presencia de relaciones asimétricas de poder, pero las sostiene en un grado de tolerancia o conveniencia por parte de los grupos involucrados.

Ahora bien, pueden existir (y de hecho existen) lógicas territoriales que resultan incompatibles y ponen en tensión el territorio. Estas emergen como formas disímiles de valorar y apropiarse un espacio. En tal caso, la consolidación en un territorio de un determinado actor social, implica la necesaria marginación, desplazamiento o supresión de otros actores. Es entonces donde podemos referirnos a procesos de exclusión territorial.

Retomando el tema de esta investigación, el modelo de agronegocios se encuadra fuertemente en los postulados de la “sociedad del conocimiento” y busca articular los diferentes eslabones productivos, que van desde la provisión de insumos hasta la comercialización final en forma de redes cada vez más integradas y dinámicas. Bajo este modelo productivo los actores más integrados aparecen expresándose en el territorio como un actor – red, que ejerce una multiterritorialidad que le permite operar simultáneamente y en tiempo real en varios espacios a la vez. Esto le otorga una serie de ventajas respecto del resto de los actores (con menor disponibilidad de acceso al capital y a circuitos técnico – económicos) que quedan con movilidad reducida o directamente inmovilizado en el territorio.

Cabe aclarar antes de continuar que en el espacio social de los pueblos rurales, un conjunto significativo de actores locales construyen su territorio con la necesidad implícita de articular con el resto del conjunto social del que forman parte (comunidad). Conforman un tipo particular de territorialidad inclusiva, donde las personas que habitan estas localidades se necesitan unas a otras de manera directa, siendo esto el núcleo central de la sociabilidad local. Los habitantes rurales locales (Sili, 2005) suelen exaltar en su discurso este tipo de territorialidad, en donde gran parte de las posibilidades de continuidad de sus residentes dependen de sostener este entramado

social que comparten. Aparecen allí variadas formas de solidaridad y redes sociales más o menos institucionalizadas que permite amalgamar las necesidades de sus habitantes. Es preciso en el contexto de transformaciones actuales diferenciar la co-presencia de los individuos dentro de una comunidad con su articulación en las redes (económicas, sociales, comunitarias, etc.) que hacen a la vida social. En el modelo tradicional de ruralidad la presencia en el territorio estaba directamente asociada a la participación en las diferentes esferas de la vida pública. Actualmente, resulta preciso diferenciar entre los distintos tipos de ruralidad⁶ (Sili, 2005), dado que estas nos hablan de las lógicas de acción que mueven a los actores en el territorio. Es así que existen actores que aun formando parte de una comunidad, en realidad residen localmente pero operan con lógicas de acción desterritorializadas (donde encontramos rurales desarrollistas/integrados o bien rurales deslocalizados según Sili). Como contraparte existen actores que no residen en los pueblos pero sostienen un arraigo que los motiva a preocuparse por su continuidad (mayormente antiguos pobladores).

El caso de estudio: nicanor olivera.

El territorio de estudio⁷ es localidad de Nicanor Olivera (Est. La Dulce), un pueblo rural⁸ pampeano del interior del partido de Necochea en el que viven 2.131 personas (CNPyV, 2010). El origen de este pueblo (fundado en 1908) se relaciona con el avance del sector agropecuario y la puesta en producción tierras a partir del impulso generado por el “modelo agroexportador” de finales de XIX y comienzos de XX. La estación que le da origen es una extensión del ramal del ferrocarril Sur.

Cabe mencionar como particularidad histórica el fuerte arraigo de la comunidad danesa en la localidad. Estos inmigrantes venidos a comienzos del siglo XX fueron traccionadores de grandes logros en la localidad, entre los que se pueden enumerar la fundación de las dos cooperativas ligas a sector agropecuario que poseen el pueblo (Coop. Agropecuaria La Segunda Ltda. y Coop. de Seguros de Granizos La Dulce).

⁶ Sili define a la ruralidad como "la forma de relación que se establece entre la sociedad y los espacios rurales y a partir de la cual, se construye el sentido social de lo rural, la identidad y se moviliza el patrimonio de dichos espacios". La ruralidad en tanto forma de relación entre el hombre y su espacio, y forma de apropiación simbólica, valorización y aprovechamiento del patrimonio, constituye la dimensión social de los territorios rurales. Entendida de esta manera, la ruralidad tiene dos dimensiones que interesa analizar: a) una dimensión subjetiva vinculada a la identidad, y b) una dimensión instrumental ligada a las formas de valorización del patrimonio. Ambas dimensiones son concurrentes al proceso de apropiación y territorialización de los espacios rurales. (Sili, 2005)

⁷ La definición del territorio desde el punto de vista espacial se encuentra delimitado por el ejido urbano del pueblo y sus tierras adyacentes con espacios diferenciados; la traza urbana, el periurbano, los parajes rurales, y el campo dedicado a las actividades productivas intensivas y extensivas.

Todavía en la actualidad gran parte de las familias reconocen sus orígenes en esta comunidad.

Se trata de un pueblo que conoció su esplendor con la consolidación del “mundo chacarero” entre 1930 y 1970. En esta etapa, el crecimiento del pueblo se dio en base a la capitalización de estrato de pequeños y medianos productores que comienzan a tener doble residencia en el campo y en la localidad. Es el momento en que acceden a la propiedad de muchos de ellos (antiguos arrendatarios) y a la mecanización mediante créditos subsidiados por parte del Estado. En este periodo el transporte de mercancías y personas se realizaba casi exclusivamente por ferrocarril (cerrado en 1978).

La localidad forma parte del hinterland cercano del puerto de Quequén. El sector productivo de la localidad gira exclusivamente en torno a la actividad agropecuaria con destino a la exportación. Su especialización en agricultura requiere de servicios brindados por la localidad (acopio, provisión de insumos, empresas de servicios, etc.). Para ello se cuenta en la actualidad con las dos cooperativas mencionadas y con una empresa mediana dedicada al mejoramiento de semillas (Buck Semillas) conocida a nivel nacional. Pueden contarse también dos empresas de acopio de mediana importancia y dos agronomías-acopio, que complementan la capacidad local de almacenamiento de granos. El pueblo presenta también empresas familiares dedicadas a los trabajos de contratista agropecuario, transporte de granos y talleres mecánicos dedicados a la reparación de maquinaria agrícola.

En términos de infraestructura cuenta con la provisión de servicios de electricidad, gas, agua potable e internet (provisto por la Fundación Cultural de la Cooperativa de Seguros). El acceso al pueblo desde RP N° 86 se encuentra asfaltado en su totalidad, así como gran parte de las calles centrales de la localidad. Asimismo presenta dos estaciones de servicio y un Banco de la provincia de Buenos Aires. El panorama económico se completa con un número pequeños de emprendimiento comerciales y de servicios que asisten a la localidad.

Un actor bisagra en el desarrollo del pueblo es la Cooperativa La Dulce de Seguros de Granizo, que a través de su Fundación Cultural, hace de intermediador (canalizando fondos cooperativos) entre un conjunto de actores que representan el sector productivo y el resto de los miembros de la comunidad.

La presencia del Estado en sus tres escalas aparece como marginal en cuanto a intervención directa, en la medida que tiene funciones ligadas solo a: la cobranza de impuestos y tasas (a través de la Delegación Municipal) y a brindar servicios de

educación en tres niveles (Jardín N° 904, Escuela N° 5, Escuela N°42, CEF N° 17, y el Instituto Nuestra Señora de Lujan que es privado pero de acceso libre y gratuito a través de un convenio entre la iglesia local y el estado provincial) , salud (a través de la Unidad Sanitaria), seguridad (a través de la policía rural). La presencia del Estado respecto a la actividad productiva primaria de la cual se reduce a dos técnicos que desarrollan programas Cambio Rural y Pro – Huerta.

La localidad se ha visto sometido en las últimas tres décadas, a transformaciones poblacionales, ligadas en gran medida a su entorno productivo agropecuario. Como puede observarse en el Cuadro N° 1 la población del partido de Necochea ha crecido a un ritmo sostenido en los últimos 50 años. Ahora bien, mientras la localidad cabecera del partido lo hizo en el 189%, el espacio rural y las localidades menores perdieron población en forma considerable. Tal es el caso de J.N. Fernández (-18.2%), Claraz (-50.8%) y Ramón Santamarina (-61.7%). En el caso de los parajes menores (Energía, San José, La Negra y Costa Bonita) la pérdida de población fue tan importante que llevo a su desaparición del registro censal o a su sostenimiento muy precario. La población rural dispersa ha caído un 63% en los últimos 50 años y un 27.8% en la última década. El único caso en que no se cumple este patrón es en Nicanor Olivera (creció un 28.2% entre 1960 y 2010 y 7.7% entre 2001-2010). La particularidad en este contexto requiere detenerse en el análisis para comprender las causas.

Cuadro N° 1. Población del Partido de Necochea por localidad y variación intercensal. 1960 – 2010

Necochea	Localidad / Paraje	1960	1991	2001	2010	Var 1960-2010	Var 2001-2010
Urbana	NECOCHEA/QUEQUEN	29.319	73.276	79.983	84.784	189,2	6,0
	JUAN N. FERNANDEZ	3.326	2.771	2.886	2.721	-18,2	-5,7
	NICANOR OLIVERA	1.662	2.013	1.978	2.131	28,2	7,7
Rural Agrupado	CLARAZ	1.299	720	733	639	-50,8	-12,8
	R. SANTAMARINA	1.124	606	473	430	-61,7	-9,1
	ENERGIA	343	0	0	63	-81,6	
	SAN JOSE	200	0	0	0		
	LA NEGRA	378	0	0	0		
	COSTA BONITA	0	55	46	0		
Rural Dispersa	ZONA RURAL	5.849	5.140	2.997	2.165	-63,0	-27,8
Total Partido		43.500	84.581	89.096	92.933	113,6	4,3

Fuente: Elaboración propia en base a datos de los CNPyV 1960,1991, 2001 y 2010.

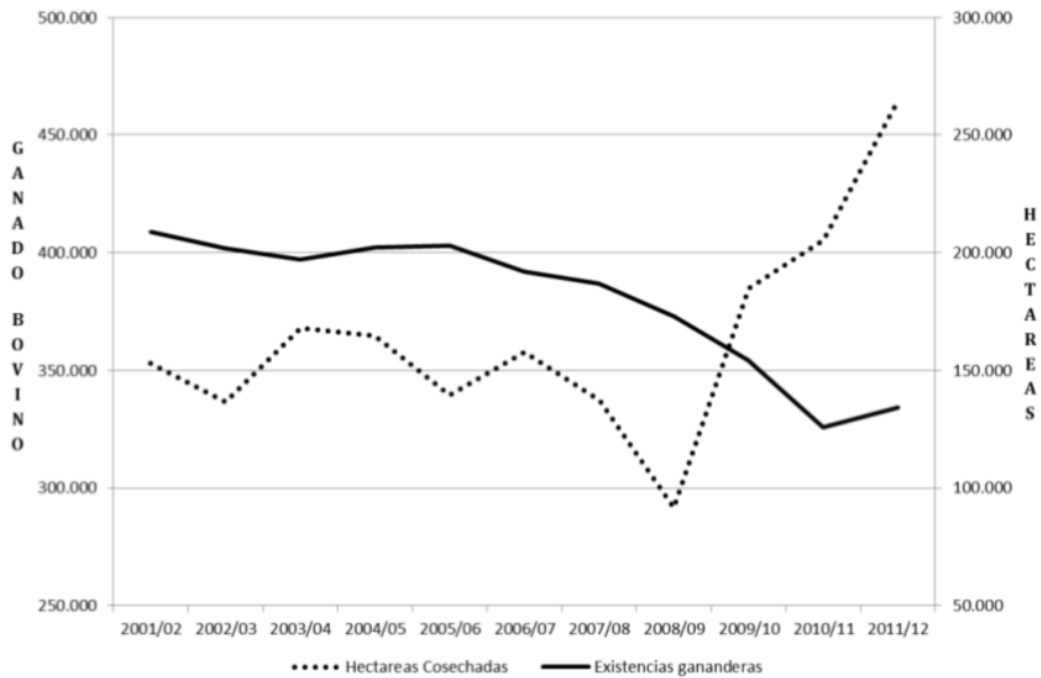
Esto obedece al menos a tres factores: A) El pueblo cumplió el rol de espacio receptor de gran parte de la antigua población rural dispersa que comenzó en las décadas del 60 y 70' a tener doble residencia en el campo y el pueblo. B) Asimismo Nicanor Olivera actuó como receptor de población de los parajes rurales cercanos como Deferrari, Lumb (Partido de san Cayetano), La Negra, San José, los cuales se despoblaron por el cierre de sus estaciones de ferrocarril y la falta de servicios básicos. C) Por último, el pueblo logró sostener a lo largo del tiempo un conjunto de instituciones y empresas prestadoras de servicios que le permitieron conservar cierto dinamismo. Este no es el caso de J.N Fernández, Claraz y Ramón Santamarina donde el deterioro se evidencia poblacionalmente y en la pérdida de servicios y cooperativas.

Los cambios en la actividad agropecuaria a nivel regional y local

En la zona de estudio (sudeste bonaerense) se desarrollaron históricamente producciones diversificadas tanto por el tipo de producto como por la escala y las modalidades de organización. Entre las producciones extensivas se destacan la agricultura de cereales (trigo principalmente) y oleaginosas, a la que debe añadirse la producción de forrajeras. Las actividades pecuarias de cría de bovinos de carne y leche completaban la combinación productiva. Tanto la producción ovina, porcina como lanar se desarrollaron marginalmente.

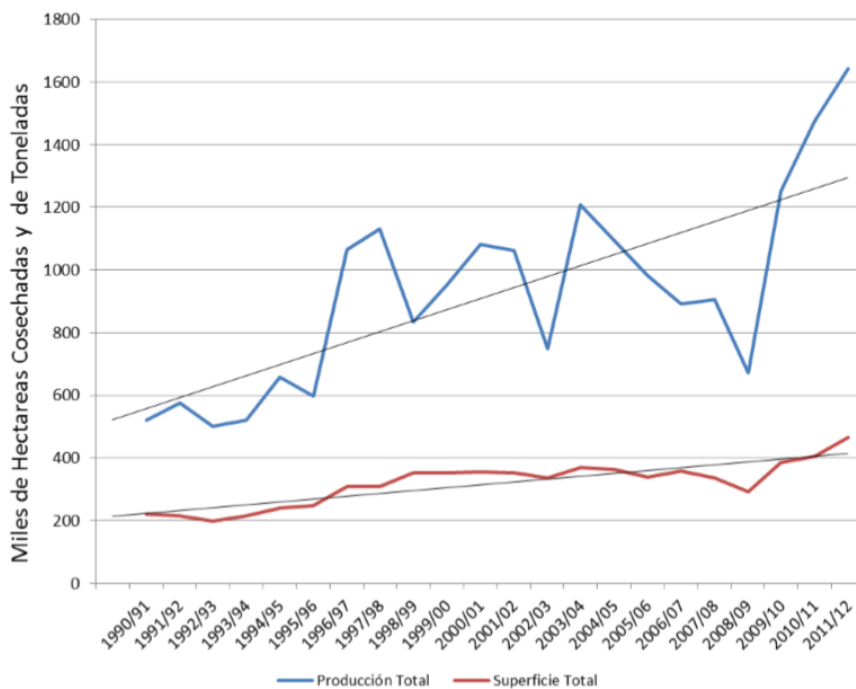
En el partido de Necochea, en las últimas dos décadas la producción ganadera se ha visto continuamente desplazada, por parte de los commodities oleaginosos y cerealeros, como parte un proceso de agriculturización. Tradicionalmente los sistemas ganaderos de la región eran básicamente pastoriles, pero para sostenerse en la actividad han debido realizar esquemas productivos más complejos, con incrementos importantes en los niveles de suplementación (con concentrados y forrajes conservados) e incluso incorporando la alimentación en confinamiento dentro del mismo sistema. La aparición del engorde a corral se ha beneficiado por los bajos precios de los granos y por una demanda interna que privilegia el consumo de animales jóvenes para lo cual el sistema de engorde intensivo resulta conveniente económicamente. Igualmente este proceso de intensificación productiva no fue suficiente, y la pérdida de existencias ganaderas ha sido creciente durante los últimos 10 años (Grafico N° 1).

Grafico N°1. Necochea. Existencias Ganaderas Bovinas y Superficie cosechadas 5 principales cultivos. 2001-2012



Fuente: SENASA y SIIA

Grafico N°2. Necochea. Producción y Superficie cosechada 1990-2012. 6 principales cultivos (soja, trigo, maíz, girasol, cebada cervecera y trigo candeal)



Fuente: Elaboración propia en base a datos del CERBAS – MAGyP

El cultivo de mayor desarrollo en la zona durante la post - convertibilidad ha sido la soja. En este sentido Necochea ha acompañado el proceso llamado de “sojización”, sobre todo a partir de 2006. Este proceso generó una simplificación de los sistemas productivos y una mayor especialización en muy pocos cultivos, lo que conlleva un mayor riesgo para el productor, no visualizado en periodo de buenos precios internacionales.

Un rasgo a destacar en este contexto ha sido el incremento de la superficie puesta en producción. Para el año 1990 en el partido se cosechaban cerca de 220.000 hectáreas, y en la campaña 2011/2012 se cosecharon 465.000 (Grafico N°2).

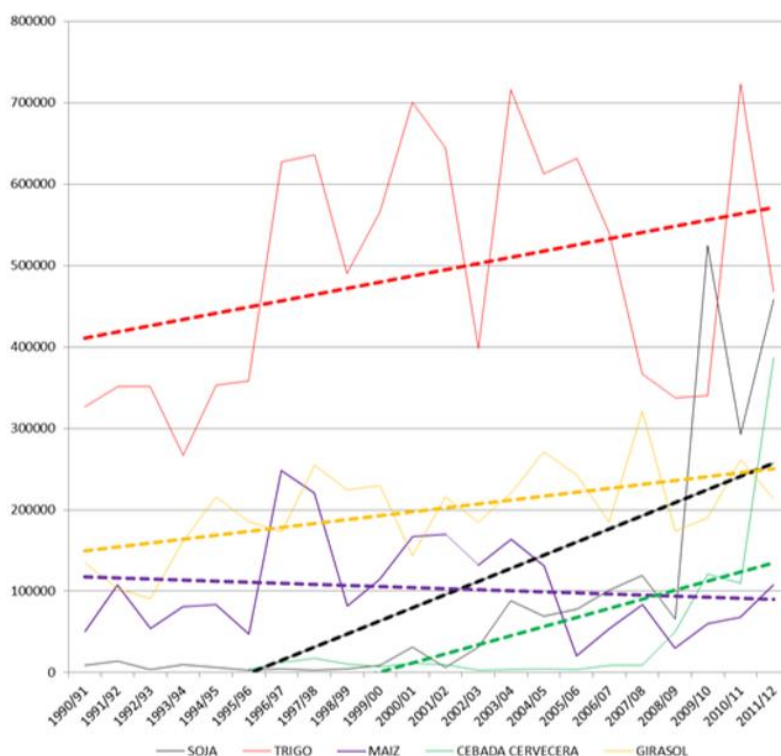
La especialización en doble cultivo soja-trigo resulto importante, encontrándose en todas las campañas entre 60 al 70% de la producción. Esto género que en la campaña 2011/2012 las hectáreas cosechadas superen a la superficie total del partido. Evidencia de esta concentración es el hecho de que los 5 principales cultivos suman más del 95% de la superficie trabajada y de la producción total de granos. Los incrementos en los rendimientos son significativos en todos los cultivos, pasando la producción total de unas 500.000 toneladas en 1990 a 1.650.000 toneladas en 2011/2012. En el mismo periodo, mientras la superficie cosechada se incrementó 2,1 veces, la producción lo hizo en 3,2 veces.

Son varias las razones que explican la fuerte expansión ocurrida en los últimos años. Tal vez lo más significativo es el proceso de tecnificación mecánica (en particular, con la introducción de la siembra directa), y la incorporación de innovaciones químicas (fertilizantes, herbicidas, etc.) y biológicas (híbridos y transgénicos), que incrementaron el uso de insumos a la vez que permitieron incrementos de la productividad. A ello debe sumarse un importante aumento del precio de los commodities durante el periodo 2002 – 2011, que traccionaron en la región la llegada de empresas agropecuarias, llamados localmente pooles de afuera, interesadas en el alquiler de campos.

En lo que respecta al tipo de cultivos puede observarse en el Grafico N° 3 que la producción de granos en el periodo 1990 - 2000 se concentró en el cultivo de trigo, que era acompañado por maíz y girasol. El crecimiento de la producción sojera se da a partir de 2003, y recibe un salto a partir 2008/09. Este dato coincide con las entrevistas que describen para ese año la llegada a la zona de grandes grupos de siembra como El Tejar y Los Grobo.

Grafico N°3. Necochea. Producción y Superficie cosechada 1990-2012.

Tendencias de los 5 principales cultivos



Fuente: Elaboración propia en base a datos del CERBAS – MAGyP

La llegada de estos grandes grupos se dio de manera directa o a través de socios regionales y locales (empresa como UPJ de Tandil y acopios locales), quienes ofrecían alquileres altos e impulsaban el paso a rentistas de pequeños productores. Dados los grandes márgenes de rentabilidad de las producciones se generó un aumento del valor de los arrendamientos y de la tierra en general, haciendo necesario el incremento de la escala y las dotaciones de capital utilizadas para mantenerse en la actividad. Esto dio continuidad al proceso de pérdida del estrato más pequeño de productores, que ya se hacía evidente en el CNA 2002 (ver Cuadros N°3 y N°4). En el periodo 2002 - 2012 un nuevo aumento de la competencia derivó en una mayor concentración productiva, y la salida creciente de productores.

En cuanto a la tenencia de la tierra, para 2002 la mayor parte de la producción se mantiene bajo la figura de propiedad, aunque en franco retroceso respecto de 1988. Le seguían en orden de importancia los arrendamientos y contratados accidentales (sumaban 35,2%), ambos en crecimiento. El conjunto de entrevistas realizadas nos permiten afirmar que este proceso se consolidó, sobre todo en relación a la figura de contrato accidental (mayormente usada por los grandes grupo o pooles de siembra).

Paralelamente a la disminución del número total de EAPs y la consolidación del contrato accidental, se atestigua el avance del contratismo de servicios, asociado a la nueva dinámica en la tenencia de la tierra. Si bien es cierto, que no es una actividad reciente, en los últimos 10 años adquirió una gran trascendencia. Hacia finales de los setenta, el contratismo de servicios en la zona se hallaba ligado al fenómeno de la sobremecanización de pequeños y medianos productores. En los últimos decenios se fue produciendo la incorporación progresiva de grandes contratistas. En algunos casos fueron productores grandes que amortizaron importantes inversiones en maquinaria mediante la prestación de servicios a terceros, y en otros se trató de empresas creadas al efecto exclusivo de realizar dichas tareas.

Cuadro N° 3. Cantidad y superficie de EAPs en Argentina, Buenos Aires y Necochea. 1988 y 2002.

Unidad Administrativa	1988		2002		Variación 1988 -2002		Superficie promedio	
	Superficie (ha)	EAPS	Superficie (ha)	EAPS	% EAPS	Sup	1988	2002
Argentina	177.437.398	421.221	172.105.798	332.057	-21,2	-3,00	421,2	518,3
Buenos Aires	27.282.510	75.531	25.688.253	50.956	-32,5	-5,84	361,2	504,1
Necochea	388.691	701	411.192	569	-18,8	5,78	554,5	722,7

Fuente: Censo Nacional Agropecuario 1988 y 2002.

Cuadro N°4. Cantidad y superficie de las EAPs según escala de extensión en Necochea.1988 -2002

1988	Hasta 200 ha	De 200 a 500 ha	De 500 a 1000 ha	Más de 1000 ha	TOTAL
EAP's	276	207	126	92	701
Hectáreas	27.991,1	67.824,8	89.588	203.287,5	388.691,4

2002	Hasta 200 ha	De 200 a 500 ha	De 500 a 1000 ha	Más de 1000 ha	TOTAL
EAP's	179	156	110	122	567
Hectáreas	18.576	51.964,5	76.278	264.373,5	411.192,2

Fuente: Censo Nacional Agropecuario 1988 y 2002.

La dimensión económica – profesional de los actores agropecuarios.

En la historia del espacio rural pampeano los pueblos han sido ordenadores fundamentales de relaciones sociales, y espacios aglutinadores esenciales de actividades económicas. Estos pueblos sacudidos en la década del 90` por el retiro de los enlaces

ferroviarios que les dieron esplendor e inmersos en un nuevo modelo agroproductivo, se encuentran hoy sujetos a profundas transformaciones.

El nuevo contexto económico - productivo del agro implicó en Nicanor Olivera la consolidación de un nuevo modelo de desarrollo ligado a los agronegocios, en el que un grupo de actores (locales y externos) prescinden de manera paulatina de las formas de sociabilidad local. Las formas de sociabilidad tradicional integraban dentro a actores de la estructura productiva que tenían residencia local en las comunidades rurales, lo que permitía una interacción positiva entre el crecimiento del sector agropecuario y el consecuente crecimiento de la comunidad. El nuevo modelo agropecuario incorpora tecnología ahorradora de mano de obra y que adquiere eficiencia a partir del incremento de la escala, generando menor demanda efectiva de empleo inserto en el ámbito rural. Eso se evidencia en el discurso de la mayoría de los entrevistados. En este nuevo panorama, la propia idea de comunidad rural entra en tensión. La dinámica de funcionamiento del sector productivo del pueblo se encuentra cada vez más escindida de la vida social de la localidad. Esto contribuye al agravamiento de la crisis social de muchos de sus integrantes, los cuales describen trayectoria para nada auspiciosas.

Nuevos y viejos actores.

Para comenzar debemos aclarar que bajo el nuevo contexto se da una pérdida de actores productivos por dos vías esenciales: a) la migración hacia ciudades mayores, por parte de quienes no consiguen trabajo localmente, o por parte de quienes trabajando campos de la zona prescinden de la residencia local (mayormente mudados a Necochea); y b) la pérdida de márgenes de acción por parte de quienes no logran reconvertirse productivamente y quedan marginados dentro de la comunidad (quienes viven en su mayoría en los márgenes del pueblo).

En las entrevistas aparece una clara división en el análisis respecto al rol que cumplen los actores que encarna el modelo de agronegocio en la localidad. Por un lado, entre aquellos que suponen que este tipo de actores son dinamizadores de la actividad agropecuaria y que su crecimiento se relaciona, de manera más o menos directa, con el incremento de la riqueza del territorio donde operan. Bajo esta visión se sostiene la idea de que el crecimiento económico de estos actores redundará en beneficio del conjunto de la sociedad, mediante un supuesto efecto “derrame”. En este enfoque prevalecen los actores capitalizados o ligados a la producción en escala considerable.

En el otro extremo, aparecen quienes sostienen que por la dimensión y racionalidad que presentan los actores que encarnan el modelo de agronegocios, sumado a la capacidad de desterritorializarse (saliendo sin restricciones del sector) y desterritorializar la riqueza que generan (transfiriendo ganancias), resultan perjudiciales tanto social como ambientalmente, y debiera pensarse en limitarlos para hacer viable cualquier acción de desarrollo rural. Aquí se ubican mayormente los pequeños productores familiares, los comerciantes locales, los antiguos trabajadores rurales, etc.

Entre los actores del agronegocio que podemos identificar en Nicanor Olivera encontramos aquellos que claramente forman parte de empresas transnacionales o grandes empresas (Nidera, Monsanto, Los Grobo, El Tejar, grandes empresas contratistas) que actúan multiterritorialmente. Estos son de llegada reciente y son visualizados como externos a la localidad. Son vistos como los portadores de una racionalidad que moviliza unos objetivos que no coinciden con los del desarrollo de la localidad. Las riquezas generadas localmente por estos se remiten a otros niveles, dejando muy poco en el territorio local. Actúan claramente como agentes desestructuradores del entramado social local, lo que se evidencia en la connotación negativa que poseen desde la óptica de gran parte de los actores.

Encontramos también actores que perteneciendo y teniendo un origen local se hallan articulados e integrados al modelo de agronegocios (Hansen Cereales, Acopio Ducca, Buck Semillas, Agronomía y Acopio Zampallo y Ayerdi, Pooles Locales, Productores capitalizados, Cooperativas, etc.). Estos son actores para los cuales el modelo también funciona. Sin embargo, se encuentran en una relación de articulación-tensión permanente con los actores externos, principalmente por la competencia en cuanto al acceso a la tierra y al encarecimiento de los costos que los actores externos les ocasionan por el aumento de los alquileres de campos. Estos actores si bien tienen un arraigo local también suelen remitir parte de sus ganancias fuera del territorio, principalmente en la compra de inmuebles en ciudades de mayor tamaño. Solo en parte reinvierten las ganancias en el ámbito local, aunque claro, son los principales generadores de empleo. Estos actores aparecen como la forma socialmente aceptada del modelo de agronegocios, y realizan una suerte de traducción local y territorializada del modelo. Sobre ellos opera una contradicción que manejan de modo dispar. Por un lado, son actores integrados a un modelo que tiende a buscar el aumento de la escala de la mano de un paquete de tecnologías ahorradoras de trabajo, lo que impacta de manera negativa en el mercado de trabajo local. Por otro lado, conviven diariamente en una

comunidad que les impone códigos de convivencia entre los que aparece la valoración de su aporte al dinamismo económico. Esto aparece como un juego entre dos extremos estereotipados; el que “vive acá pero no deja nada”, y en el otro extremo aquellos actores que “hacen plata pero aportan al crecimiento del pueblo”, aunque esto les signifique no poder integrarse de manera plena a un modelo de carácter expansivo y deslocalizado.

Por otra parte, varios actores aun recibiendo algún beneficio parte del modelo poseen una posición subordinada o marginal. Es el caso de rentistas o contratistas de maquinarias. Los primeros describen en su mayoría las trayectorias de antiguos productores que debieron abandonar la producción por el incremento de la unidad económica rentable, pasando a alquilar el campo a sabiendas de no poder retornar en el futuro a la labor. En el caso de los contratistas aparecen como un eslabón frágil de la cadena, dado que manejan grandes cantidades de capital en máquinas pero sus márgenes de ganancia resultan cada vez menores en relación al capital que movilizan. También entran en tensión con contratistas externos que poseen mayor parque de maquinarias y costos más bajos que tientan a los productores locales. En Nicanor Olivera son identificados con el nombre de norteros, dado que son caravanas de contratistas que provienen mayormente de Córdoba y Santa Fe. Estos contratistas se instalan en la época de cosecha en la entrada a la localidad.

Por su parte los trabajadores rurales manuales poseen bajo nivel de integración al modelo. La mayoría porque sus tareas se han simplificado en términos técnicos, lo que los convierte en mano de obra temporaria y reemplazable. Otra parte de ellos porque directamente se encuentra fuera de un mercado laboral que tiende a achicarse. En tal caso, realizan “changas” esporádicas que rara vez alcanzan para la subsistencia mínima, debiendo recurrir de manera continua a la asistencia por parte del Estado u organizaciones intermedias para cubrir las carencias.

Debe sumarse además la situación de distanciamiento respecto del trabajo en que se encuentra parte de los antiguos productores rurales, que aun recibiendo ingresos provenientes de alquiler de sus propiedades no encuentran necesidad de un anclaje local de su residencia. Los más afectados, han sido los pequeños productores y los asalariados rurales quienes debieron transformar sus estrategias y calificaciones para adaptarse al nuevo contexto. Quienes no pudieron acoplarse a la nueva etapa de modernización debieron abandonar la producción y en muchos casos la localidad.

Un rasgo que se visualiza en el pueblo es la pérdida del trabajo agrícola como eje articulador de la vida social. La disminución del número de personas ligadas efectivamente a tareas relacionadas a la producción aparece como un dato incontrastable. Este fenómeno que se expresa en dos procesos concurrentes. Por un lado, la demanda de mano de obra se reduce en la medida que la escala productiva se incrementa y se incorporan maquinarias de mayor porte. Por el otro, debe sumarse que las mismas avanzan sobre los requerimientos de las calificaciones de los que quedaron incluidos, acotando el margen de entrada de nuevos actores.

Entre los actores que quedaron separados de la producción directa aparecen los principales indicios de ruptura de la cohesión social dentro de la comunidad. Esto pareciera relacionarse con el desdibujamiento de su rol al interior del pueblo. Aparecen dos sectores incluidos en esta situación:

- Los poseedores de un bien de capital (tierra) que se vio fuertemente valorizado y pudieron captar parte de la riqueza generada en forma de renta. Ubicamos en este grupo un conjunto de rentistas para los cuales estos ingresos resultan centrales en el sostén de su calidad de vida (asociado muchas veces a niveles medios o altos).
- La otra parte de los actores desplazados de la producción directa son parte de los antiguos trabajadores rurales y aquellos jóvenes que directamente nunca ingresaron al mercado laboral. Este sector ubicado espacialmente en los márgenes del pueblo, a diferencia de los rentistas aparecen fuertemente estigmatizado en cuanto a su rol social. En el transcurso de las entrevistas surgen un conjunto de expresiones despectivas en donde se los describe como “vagos”, “gente sin cultura del trabajo”, “gente que se automargina”, entre otros términos.

Durante el análisis, aparecen indicios que nos orientan a inferir que estamos en presencia de un pueblo vinculado cada vez más en su esfera económica a la obtención de ingresos (ligados a la renta y asistencia estatal) y no al trabajo como fuente vincular y de desarrollo. Las identidades de muchos de sus habitantes, se presentan difusas y/o borrosas en relación al espacio que ocupan dentro de la misma población. Esto se evidencia en forma clara en los discursos, en donde la identidad de aquellos que no se sostienen ligados a alguna actividad productiva es difícilmente definida. En la medida en que desvanecen las fronteras de los roles dentro la sociedad local aparecen más claramente indicios de desintegración de la cohesión social y se evidencian tensiones.

La desestructuración del entramado social del pueblo aparece en los relatos de los pobladores. Durante el trabajo de campo en la investigación pudieron observarse en los márgenes del pueblo condiciones de pobreza estructural que se contraponen con una producción agropecuaria circundante en constante crecimiento. El auxilio del Estado hacia los actores desfavorecidos por el nuevo contexto se limita en muchos casos a la asistencia social (Plan Vida, Asignación Universal por Hijo, etc.), no encontrándose hasta el momento soluciones a los problemas recurrentes de empleo.

Las formas de organización de la producción y la estructura del empleo.

En Nicanor Olivera los actores que encarna esta nueva forma de organizar la producción son tanto locales como externos. Suele identificarse a los actores externos como quienes marcan la pauta del “saber hacer”, siendo quienes impulsan un proceso de creciente racionalización de la producción que tiene como objetivo central la maximización de las ganancias y el uso eficiente de los factores de la producción.

En el análisis de las entrevistas esta racionalización aparece como un fenómeno de progresiva separación entre los dueños de los diversos factores de producción (tierra, trabajo y capital). Se presenta como atrasada y lejana la figura del productor chacarero dueño de la tierra y la maquinaria, que utiliza su propia mano de obra y capital en la explotación. El chacarero aparece en los discursos cada vez más como rémora del pasado. En su lugar ha ganado prestigio la figura del “empresario agropecuario innovador” (Gras y Hernández, 2009).

Los contratistas o prestadores de servicios por su parte alcanzan en la localidad un número considerable. En su mayoría combinan dicha actividad con la producción en campo propio o alquilado. Existe una tendencia a la especialización en el tipo de tareas que ofrecen. Aparecen así prestadores de servicios que se especializan en tareas de siembra, cosecha o fumigación. Difícilmente se encuentran contratistas que integren todas las labores necesarias para la producción. Esto parece obedecer al incremento en los precios de la maquinaria agrícola, y a las limitaciones para conseguir mano de obra calificada. Los contratistas locales suelen especializarse en siembra y fumigación. Es en las tareas de cosecha donde adquieren importancia los contratistas externos o norteros. Entre los contratistas se notan fuertes cambios en las calificaciones requeridas para la mano de obra y el uso de las nuevas tecnologías de producción. La incorporación tecnológica con el sistema de siembra directa redujo drásticamente el número de labores y horas hombre por superficie trabajada de tierra. Muchas de las tareas se trasladaron

hacia la gestión y el área de servicios. En consecuencia pareciera consolidarse en la zona un conjunto importante de contratistas de labores que se encuentran forzados a ampliar y actualizar el parque de maquinarias para responder al incremento de los rindes y a los tiempos acotados de siembra y cosecha.

Otro rasgo distintivo del mercado de trabajo es que muchos de los jóvenes con una mejor posición económica emigran a estudiar a otras ciudades mayores y no retornan una vez concluidas sus carreras. En el pueblo quedan los jóvenes que por motivos económicos o familiares no pueden irse a estudiar, encontrándose en un pueblo con pocas expectativas de poder insertarse en un mercado laboral poco dinámico. Entre este grupo de jóvenes mayores de 17 años existe una parte que no trabaja ni estudia, y comienzan a verse problemas graves de alcoholismo y drogadicción.

Por otra parte, se desprende del conjunto de entrevista realizada que existe una demanda efectiva de personal calificado por parte de las empresas de acopio, cerealeras y contratistas. Ahora bien, el nuevo trabajo que se demanda en el sector rural requiere nuevas competencias por parte de los trabajadores, relacionadas a la informatización de las maquinarias. Se genera entonces un desfase entre los conocimientos solicitados y las aptitudes que presentan los jóvenes que quedan en el pueblo, viéndose obligadas las empresas a contratar personal de otras localidades.

Por último, debe destacarse que el mercado de trabajo urbano en el pueblo aparece como secundario respecto al de la producción agrícola. En los discursos de los entrevistados se plantea el poco dinamismo en la generación de empleo. El trabajo en comercios aparece limitado por el tamaño del pueblo y por la característica, mayormente familiar de los emprendimientos comerciales. Parte del trabajo urbano está relacionado al empleo público en dependencias educativas, de salud o administrativas. El trabajo en las cooperativas tiene un fuerte componente urbano, y se desarrolla en oficinas administrativas, supermercado, ferretería y anexos.

Los cambios en el uso de la tierra y el rentismo agropecuario.

Otro aspecto a ser tenido en cuenta en el análisis es el precio de la tierra y sus variaciones. A partir de la salida de la convertibilidad y la consecuente devaluación de la moneda en el año 2002, se produce un fuerte proceso de incrementos en los precios de la tierra en la zona. Esto se debe por lo menos a dos factores concurrentes; por un lado al incremento de los rindes en la zona (sobre todo en soja) a partir de la introducción de variedades adaptadas y de alto potencial en un contexto de precios

favorables. El segundo factor obedece a la demanda traccionada por capitales extra agrarios que se vuelcan a la compra de tierra en el sector, ya sea en carácter especulativo o por carecer de mejores opciones de inversión. Así, el incremento de los precios tiene una base objetiva (rindes y precios) y un apalancamiento externo derivado hacia el sector.

A diferencia de otros estudios en donde se confirma que el proceso de modernización agropecuaria generó concentración de la propiedad de la tierra, en la zona pareciera que no se verifica con tanta intensidad este fenómeno.

El precio de la tierra tuvo un ascenso notable en el periodo post convertibilidad. Al analizar la información de las entrevistas a arrendatarios, contratistas y miembros de la cooperativa, se verifica una fuerte valorización de las tierras de la región, con incrementos que van desde los u\$s 1.500 en 2002-2003 hasta los u\$s 7.500 la hectárea en 2011-2012 (Madero, Lanusse, Beláustegui y Cía. S.A. Márgenes Agropecuarios y Compañía Argentina de Tierras).

El rentismo agropecuario en la zona no se encuentra ligado a la figura del gran propietario de tierras, sino como consecuencia de la retracción de la figura del chacarero. El fuerte impulso al alquiler de campos en la zona comienza en los años noventa, y resulta paralelo a la difusión de la siembra directa, primero y la incorporación del paquete tecnológico de soja RR después. El abandono de la producción y el traspaso al rentismo agropecuario continúa en la actualidad y aparece en el discurso como un proceso irreversible.

Existe una fuerte competencia por el alquiler de campos. Aparecen figuras que se identifican negativamente como los “de afuera”, que son pooles y fondos de inversión. Éstos presionan para el alza de los precios de alquileres. La percepción mencionada con anterioridad deriva en una preferencia por el alquiler de los campos a los actores locales, dando lugar a modalidades locales de pool de siembra.

El contexto de altos precios de los alquileres generó las condiciones para que muchos productores optaran por ceder sus establecimientos, dado que encontraban grandes dificultades para sostener sus unidades de explotación. Los rentistas una vez abandonada la producción describen trayectorias de vida diferentes. Algunos aparecen como empleados, otros sostienen negocios dentro del pueblo o en ciudades mayores. Hay quienes con ingresos mayores destinan parte del capital a la adquisición de inmuebles urbanos en las ciudades intermedias.

Una primera diferenciación entre los rentistas puede establecerse entre quienes perciben como principal ingreso el proveniente del alquiler del campo y aquellos en los que aparece como un ingreso complementario.

La relación con la parcela de tierra es otro de los elementos que pueden diferenciar a los rentistas. Existen rentistas en el pueblo que solo se limitan a firmar contratos y se desligan de la gestión y/o control. En este grupo se prefiere establecer contratos a monto fijo de quintales. Otros en cambio asumen riesgos firmando contratos que establecen partes fijas y partes móviles en relación con los rindes. Otra diferencia entre rentistas es en cuanto a la forma de selección de los inquilinos. Algunos simplemente alquilan los campos a quien ofrece mayores precios y mejores condiciones de pago (en efectivo y en quintales según la calidad de los campos). Otros privilegian la confianza como parámetro a la hora de seleccionar a quien alquilar, aun a condición de menores valores.

El desarrollo local y la cohesión social del pueblo.

En las últimas décadas asistimos a la expansión de un modelo agropecuario basado en el crecimiento de la producción de commodities y la incorporación de tecnología ahorradora de mano de obra, la cual adquiere eficiencia a partir del incremento de la escala. Así, parte de población inserta en el medio rural no encuentra lugar en el nuevo esquema productivo, lo cual resulta evidente en la sustancial pérdida de EAPs y en la menor demanda de trabajadores rurales. Debe sumarse además la situación de distanciamiento respecto del trabajo en que se encuentra parte de los antiguos productores rurales, que aun recibiendo ingresos provenientes de alquiler de sus propiedades no encuentran necesidad de un anclaje local de su residencia. Esto resulta clave a la hora de entender el estancamiento y retroceso poblacional de muchos de los territorios rurales, que desde el plano productivo exhiben crecimiento, a la vez que incrementan las desigualdades.

Se expande en la región un modelo productivo de capital intensivo que se sostiene en la incorporación creciente de tecnología. Sólo los productores capitalizados pueden enfrentar los altos costos de inversión, dejando fuera a los medianos y pequeños que carecen de posibilidades de financiamiento para la inversión. La adopción del modelo productivo de agronegocios, tanto por parte de actores externos como locales trajo aparejado cambios profundos en la estructura del empleo agropecuario y con ello repercusiones en toda la estructura social del pueblo.

La innovación tecnológica incorporada en el nuevo modelo de producción ocupa un lugar predominante. Pero dado el carácter concentrado del capital ligado a los agronegocios, dicha innovación no resulta neutra, y ha generado una polarización marcada, determinando su acceso, el límite entre la inclusión – exclusión de los productores.

El desarrollo de nuevas formas de organización de la producción y la aparición de nuevos agentes en la región (contratistas especializados, pools de siembra, fondos de inversiones, proveedores de insumos de carácter transnacional) conllevan a la salida de parte del excedente generado por el agro regional que se desvía a la reinversión de las utilidades fuera de la región y a la transferencia de flujos financieros. Este mecanismo reduce las posibilidades locales de absorber los ingresos generados por la actividad primaria, debilitando en parte las interacciones del medio rural con las economías locales más cercanas. Nos encontramos entonces con un sector agropecuario que adquiere un mayor dinamismo interno, al tiempo que decrece su capacidad de potenciador de la economía de los pueblos rurales.

El tejido social del pueblo se encuentra afectado por la consolidación de estos nuevos actores en la medida que aun actuando como “actor endógeno” (Pooles Locales y modalidades de Siembra Asociada) por su lugar de residencia, operan en muchos casos con una lógica de operatoria y transferencia de riqueza similar a la de un “actor exógeno”. Por su parte, los “actores exógenos” territorializados (Monsanto, Nidera, grandes pooles, etc.) se legitiman en el entramado social local mediante un complejo sistema de propaganda sectorial que los impone como empresas y productores “de punta”.

La propia idea de comunidad rural entra en tensión, dado que la misma hace referencia a una cercanía que supondría un relacionamiento mayor entre sus integrantes. En este caso podemos ver como el conjunto de actores no genera una interacción positiva, dado que la propia dinámica de funcionamiento del sector productivo del pueblo se encuentra cada vez más escindida de la vida social de quienes residen en el mismo.

Aparecen así fenómenos como la pobreza estructural en las zonas periurbanas del pueblo en donde subsisten en condiciones de extrema precariedad un grupo de familias que no encuentran lugar en el mercado de trabajo y dependen fuertemente de la asistencia social por parte del Estado.

Consideraciones finales

Para concluir, todo pareciera indicar que el modelo agropecuario predominante se caracteriza por el avance de la valorización financiera de capital, la incorporación de nuevas tecnologías, la expansión del monocultivo y la dependencia de un reducido número de empresas multinacionales. El conjunto de actores que encarnan al agronegocio ejercen su territorialización de forma conflictiva y desigual, a partir de la articulación de una serie de redes que construyen territorio de manera fragmentaria, adquiriendo un carácter centrifugo respecto a la cohesión de los territorios locales. Bajo el impulso a una “ruralidad globalizada” (Hernández, 2009) se presenta una articulación con actores cada vez más separados de la producción objetiva y del espacio social en el que se desarrolla la misma.

El despoblamiento rural, la desarticulación de la agricultura familiar, la desaparición de explotaciones agropecuarias, son algunas de las consecuencias sociales del desenvolvimiento del modelo agrario actual. Esto configura un devenir signado por la construcción de territorios rurales excluyentes en la medida que no se opongan opciones de resistencia y políticas públicas capaces de regular tal avance.

Las posibilidades de los pueblos pampeanos para sostenerse como ejes sociales y económicos de los territorios se oponen a la racionalidad de un conjunto de actores (nuevos y/o reconvertidos) que imponen su forma particular de territorializarse, las cuales no resultan complementarias de las territorialidades preexistentes. Estas lógicas disímiles en la forma de construir territorio generan tensión (más o menos abierta y explícita). Los actores del agronegocio generan a través de su práctica territorial un modelo excluyente de desarrollo que para reproducirse necesita del desplazamiento de otras territorialidades. Como aporta Mançano Fernández, “el paisaje del territorio del agronegocio tiende a ser homogéneo. Se caracteriza por la poca presencia de personas en el territorio, porque su área está ocupada por mercancía, que predomina en el paisaje. La mercancía es la expresión del territorio del agronegocio. La desaparición de productores de pequeña escala es a la vez consecuencia y requisito para su expansión...” (M. Fernández, 2009).

La estructura productiva del agronegocio en Nicanor Olivera presenta gran dinamismo interno, pero no ha generado un efecto “derrame” al conjunto de la economía local. La ausencia de este efecto potenciador del entramado social se asocia a la lógica territorial que moviliza el nuevo esquema productivo, la cual no encuentra su sustento principal en el espacio local de los pueblos, sino en la articulación con redes de mayor alcance, de

las cuales provienen la mayor parte de los insumos tecnológicos y las fuentes de inversión, y a la cual se remiten mayoritariamente las ganancias obtenidas.

Lo que está en juego dentro del territorio es la forma en que se da la captación local de la riqueza generada por el sector agropecuario y su incidencia sobre las posibilidades de desarrollo de la localidad. En definitiva, el problema de fondo es el avance de un nuevo proyecto territorial sobre uno preexistente. Este proceso que vemos pasar ante nuestros ojos, hace crujiir el entramado social en relación a la producción agropecuaria, y pone en cuestionamiento la continuidad de algunas formas de vida rural típicas del espacio pampeano.

Bibliografía

ALBALADEJO, C. 2006. De la pampa agraria a la pampa rural: la deconstrucción de las "localidades" y la invención del "desarrollo rural local. Párrafos Geográficos. Vol. 5 N 1.

ARENDDT, H. 2004. La condición humana. Buenos Aires. Paidós. Estado y Sociedad. 366p.

ASOCIACIÓN RESPONDE. 2005. Primeras Jornadas de Pueblos Rurales, "Pueblos que Laten". La Niña. 2005. □ BALSÁ, J. 2006. El desvanecimiento del mundo chacarero. Ed. Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires.

BARSKY, O. y GELMAN, J. 2009. Historia del Agro Argentino. Desde la Conquista hasta comienzos del siglo XXI. Bs As. Ed. sudamericana.

BASUALDO, E. 2006. La reestructuración de la economía argentina durante las últimas décadas. De la sustitución de importaciones a la valorización financiera. En E.

BASUALDO, & E. ARCEO, "Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales". Buenos Aires: CLACSO.

BENITEZ, M. 2000. "La Argentina que desaparece, desintegración de comunidades rurales y poblados en vías de desaparición". Tesis de Doctorado. Universidad de Belgrano. Serie de estudios para graduados. N° 12. Bs As.

BISANG, R. y KOSACOFF, B. 2006. Las redes de producción en el agro argentino. XIV Congreso Anual AAPRESID.

BISANG, R., ANLLÓ, G., CAMPI, M. y ALBORNOZ, I. 2009. Cadenas de valor en la agroindustria en la Argentina ante la nueva internacionalización de la producción. Crisis y oportunidades. Bernardo Kosacoff y Rubén Mercado (Eds.). Libro de la Div. de RR NN e Infraestructura de la CEPAL. Capítulo IV.

- BISANG, R., G. ANLLÓ Y M. CAMPI. 2008. Una revolución no tan silenciosa.. Desarrollo Económico, N° 190-191, Vol. 48.
- BLANCO, J. 2009. Redes y Territorios: articulaciones y tensiones. En Shmite, Stella Maris (comp.). La geografía ante la diversidad socio – espacial contemporánea. Santa Rosa, Universidad nacional de La Pampa.
- CARNEIRO, M. 2008. La ruralidad en la sociedad contemporánea: una reflexión teórico metodológica. En Pérez C., Farah A.; C. de Grammont (comp.), La nueva ruralidad en América Latina. Avances teóricos y evidencias empíricas. Pontificia Universidad Javeriana. CLACSO. Colombia.
- CENSOS NACIONALES AGROPECUARIOS. (CNA) Desde 1970 hasta 2002. □
CENSOS NACIONALES DE POBLACIÓN Y VIVIENDA. (CNPv) Desde 1960 hasta 2010.
- CLOQUELL, S. y AMEGHINO, A., 2005. Las reformas neoliberales y las transformaciones en la estructura social agraria pampeana (1991-2001), en: Nueva Época, n° 1, ALASRU, Análisis Latinoamericano del medio rural.
- DAVIS, J. y R GOLDBERG. 1957. A Concept in Agribusiness. Boston, Division of Research, Graduate School of Business Administration, Harvard University.
- ELESPE, D. GARCÍA LEMA, M. y M. JAUREGUI. 2006. Pool de Siembra vs Productor Individual. Acerca de las características del fideicomiso y la sociedad de garantías recíprocas. Ciclo de Conferencias y Seminarios 2006 Orientado a Agricultores De Punta. Realizado en el 85° Aniversario de La Dulce Coop. de Seguros de Granizo.
- FERNANDES, B. M. (2007). "Los dos campos de la cuestión agraria: campesinado y agronegocio. Hacia dónde vamos: conflictividad agraria y laboral". Pastoral de la Tierra Interdiocesana. Guatemala.
- GIARRACCA, N. y TEUBAL, M. 2005. El campo argentino en la encrucijada. Tierra, resistencia y ecos en la ciudad. Alianza.
- GRAS, C. y HERNANDEZ, V. 2009a. La argentina rural. De la agricultura familiar a los Agronegocios. Biblos. Bs As.
- HAESBAERT, R. (2007). O mito da desterritorialização: do “fim dos territórios” á multiterritorialidade. 3° ed. R.J: Bertrand.
- HERNÁNDEZ, V. 2007. El fenómeno económico y cultural del boom de la soja y el empresariado innovador. Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales. Buenos Aires. Vol. 47, N°187. PP.: 331-365.

HERNÁNDEZ, V. 2009. La ruralidad globalizada y el paradigma de los agronegocios en las pampas gringas. En: La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios. C. Gras & V. Hernández (coordinadoras). Ed. Biblos. Bs As.

HUERGO H. 2004. El gran libro de la siembra directa. Grupo Clarín – Facultad de Agronomía UBA.

MACKEPRANG, H. 2002. Fideicomisos agropecuarios. Una alternativa para financiar al sector. Tesis Maestría en Agronegocios y Alimentos, FAUBA. 2002.

MADERO, LANUSSE, BELÁUSTEGUI Y CÍA. S.A. Márgenes Agropecuarios y Compañía Argentina de Tierras.

MAIZTEGUI MARTÍNEZ, H. 2009. Una nueva modalidad asociativa en Argentina: el pool de siembra. Estudios Agrarios.

MAIZTEGUI MARTÍNEZ, H. 2011. El Fideicomiso de explotación agrícola ganadera, análisis de la figura del fideicomiso aplicada a la actividad agraria.

ORDOÑEZ, H. 2000. NENA, nueva economía y negocios agroalimentarios. FAUBA, Maestría en Agronegocios.

PLAN VOLVER. 2003. Programa de Fortalecimiento Socioproductivo para comunidades rurales: el Plan Volver.

POSADA, M. & M. MARTÍNEZ DE IBARRETA. 1998. Capital financiero y producción agrícola: los “pools” de siembra en la región pampeana. Realidad Económica N° 153. PP.: 112-135.

RATIER, H. 2004. Poblados Bonaerenses, vida y milagros. Ed. La Colmena. Buenos Aires.

SENASA. Sanidad Animal. Datos de las campañas de vacunación antiaftosa.

SACK, R. D. (1986). “Human Territoriality: Its Theory and History”. Cambridge. Cambridge University Press. Extractos.

SIIA. - Ministerio de Agroindustria - Sistema Integrado de Información Agropecuaria. (www.siiia.gov.ar).

SILI, M. 2000. Los espacios de la Crisis Rural. Geografía de una pampa olvidada. Bahía Blanca: EDIUNS.

SILI, M. 2005. La Argentina rural. De la crisis de la modernización agraria a la construcción de un nuevo paradigma de desarrollo de los territorios rurales. INTA.

SILI, M. 2010. ¿Cómo revertir la crisis y la fragmentación de los territorios rurales? Ideas y propuestas para emprender procesos de desarrollo territorial rural. INTA.

STRATTA FERNÁNDEZ, R. y RÍOS CARMENADO, I. 2010. Transformaciones agrícolas y despoblamiento en las comunidades rurales de la Región Pampeana Argentina, Estudios Geográficos, Vol. 71, N° 268.

TADEO, N. 2010. Los espacios rurales en la Argentina actual. Nuevos enfoques y perspectivas de análisis desde la Geografía Rural. Mundo Agrario. Vol. 10 N° 20. pp. 1 – 19. UNLP. Argentina.

TEUBAL, M. 2008. Soja y Agronegocio en la Argentina: la crisis del modelo. Lavboratorio, Año 10, número 22.